

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiracion del mundo
Y ostentacion de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
Y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
Surca el ancho firmamento,
Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre són,
Con que llama á la oracion
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
En honda calma reposa,
Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
Su incierta luz á lo léjos,
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan
Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
La régia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
Con mano firme y segura,
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario,
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto

En su andrajoso sudario.

—¡Hola!—grita en són de guerra
Con aquella voz concisa,
Que oyó en el siglo, sumisa
Y amedrentada la tierra.
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
Varones que honrais la fama,
Antiguas y excelsas glorias,
De vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.

Contestando á estos conjuros,
Un clamor confuso y hondo
Parece brotar del fondo
De aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
De los sepulcros, ya abiertos:
La serie de reyes muertos
Despues á salir empieza,
Y es de notar la tristeza,
El gesto despavorido
De los que han envilecido
La corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado
Se alza Felipe Segundo,
En su lucha con el mundo
Vencido, mas no domado.
Su hijo se despierta al lado,

Y detras del rey devoto,
Aquel que humillado y roto
Vió desmoronarse á España,
Cual granítica montaña,
A impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
De infausta y negra memoria,
En cuya edad, nuestra gloria
Como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
Se estremece todavía.....
¡Ay, qué terrible armonía,
Qué oscuro enlace se nota
Entre aquel mísero idiota
Y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
Y en silencioso concierto,
Todos los reyes que han muerto
Van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
Cobra los vitales bríos,
Y se aglomeran sombríos
Aquellos yertos despojos,
Aquellas cuencas sin ojos,
Aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
Respondiendo al llamamiento,
Cual si llegára el momento

Del santo juicio de Dios,
Acuden de dos en dos
Por claustros y corredores,
Príncipes, grandes señores,
Prelados, frailes, guerreros,
Favoritos, consejeros,
Teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
Por su semblante amarillo
El fosforescente brillo
Que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
Con mil terrores secretos,
Viendo aquellos esqueletos,
Que ante el César, que los nombra,
Se deslizan por la sombra
Mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
Cuántas grandezas pasadas,
Cuántas invictas espadas,
Cuántas firmes voluntades
En aquellas soledades
Muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
Que el genio habitára en vida,
Convertidos en guarida
De miserables gusanos!

Desde el triste panteon

En que se agolpa y hacina,
Hácia el templo se encamina
La fúnebre procesion.
Marcha con medroso són
Tras del Rey que la congrega,
Y cuando á la iglesia llega,
Inunda la altiva nave
Un resplandor tibio y suave,
Que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
Como en los siglos pasados,
Reyes, príncipes, prelados
Toman asiento en el coro.
Despues en tropel sonoro
Por el templo se derrama,
Rindiendo culto á la fama
Con que llena las historias,
Aquel haz de muertas glorias,
Que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
De Carlos, que el cetro ostenta,
Llega al órgano y se sienta
Un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
En el gran teclado imprime,
Y la música sublime
Que á inmensos raudales brota,
Parece que en cada nota
Reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
Su voz, los muertos despojos
Caen ante el ara de hinojos
Y á Dios elevan su canto,
Honda expresion del quebranto,
Aquel eco de la tumba
Crece, se dilata, zumba,
Y al paso que va creciendo,
Resuena con el estruendo
De un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un rio
» Caudaloso y desbordado.
» Hoy la fuente se ha secado,
» Hoy el cauce está vacío.
» Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
» Se extingue, se apaga y muere.

» ¡Miserere!

» ¡ Maldito, maldito sea
» Aquel portentoso invento
» Que dió vida al pensamiento
» Y alas de luz á la idea!
» El verbo animado ondea
» Y como el rayo nos hiere.

» ¡Miserere!

» ¡ Maldito el hilo fecundo
» Que á los pueblos eslabona,
» Y busca, y cuenta, y pregona

» Las pulsaciones del mundo!
» Ya en el silencio profundo
» Ninguna injusticia muere.

» ¡Miserere!

» Ya no vive cada raza
» En solitario destierro,
» Ya con vínculo de hierro
» La humana especie se enlaza.
» Ya el aislamiento rechaza,
» Ya la libertad prefiere.

» ¡Miserere!

» Rígido y brutal azote
» Con desacordado empuje
» Sobre las espaldas cruje
» Del Rey y del sacerdote.
» Ya nada existe que embote
» El golpe ¡oh Dios! que nos hiere.

» ¡Miserere!

» Mas ¡ay! que en su audacia loca,
» Tambien el orgullo humano
» Pone en los cielos su mano
» Y á tí, Señor, te provoca.
» Miéntras blasfeme su boca,
» Ni paz ni ventura espere.

» ¡Miserere!

» No en la tormenta enemiga,
» No en el insondable abismo:

» El mundo lleva en sí mismo
» El rayo que le castiga.
» Sin compasion ni fatiga
» Hoy nos mata; pero muere.
» ¡*Miserere!*

» Grande y caudaloso rio,
» Que corres precipitado,
» Ve que el nuestro se ha secado
» Y tiene el cauce vacío.
» ¡No prevalezca el impío,
» Ni la iniquidad prospere!
» ¡*Miserere!*»

Súbito, con sordo ruido
Cruje el órgano y estalla,
La luz se amortigua, y calla
El concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
Del grave y solemne canto,
Llega á su colmo el espanto
De las mudas calaveras,
Y de sus órbitas huevas
Desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
La luz misteriosa y vaga,
Todo murmullo se apaga
Y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece

El cortejo se evapora,
Y miéntras la blanca aurora
Esparce su lumbre escasa,
A lo léjos silba y pasa
La rauda locomotora

Junio 25, 1873.

¡AMOR!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
Das á los seres vida y movimiento,
Con qué entusiasta admiracion te siento,
Aunque invisible, palpitar doquiera!

Exclava tuya la creacion entera,
Se estremece y anima con tu aliento,
Y es tu grandeza tal, que el pensamiento
Te proclamára Dios, si Dios no hubiera.

Los impalpables átomos combinas
Con tu soplo magnético y fecundo:
Tú creas, tú trasformas, tú iluminas,

Y en el cielo infinito, en el profundo
Mar, en la tierra atónita dominas,
¡Amor, eterno amor, alma del mundo!

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGON.)

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno;
En ese bosque que oscurece el dia,
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado rio;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado:—¡Creo,
Creo en tu excelsa majestad, Dios mio!

Arpa es la creacion, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento

En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota
Que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Ese poder augusto y soberano,
Que enfrena el Oceano
Y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre, desesperado Prometeo,
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio, 1872.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
Resiste á tu satánica ironía.
A través del sepulcro todavía
Resuena tu estridente carcajada.
Cayó bajo tu sátira acerada
Cuanto la humana estupidez creía,
Y hoy la razon no más sirve de guía
A la prole de Adan regenerada.
Ya sólo influye en su inmortal destino
La libre religion de las ideas;
Ya la fé miserable á tierra vino,
Ya el Cristo se desploma; ya las teas
Alumbran los misterios del camino;
Ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!